

sistir á la irrupcion de tantos errores con que en detalle iba á atacar el protestantismo á la ciencia teológica.

Con estas breves reflexiones hemos hecho ver, cómo aun los libros no inspirados, posteriores á la Biblia y que oportunamente han ido apareciendo de siglo en siglo, contribuyen á confirmar la autenticidad y verdad de ese sagrado libro y son la continuacion del pensamiento de su Soberano Autor.



#### CAPITULO IV.

*Naturalidad de que la revelacion divina no se contuviera toda en libros, ó sea, que fuera incompleta, fundando la otra parte ó el complemento en la tradicion encomendada á una sociedad, ó sea á una institucion formada AD HOC.*

Ya en el capítulo segundo, anticipamos los conceptos que debemos desarrollar en el presente.

Allí dijimos, que si Dios ha hablado al hombre para suplirle lo que este nunca sabría por su sola razon natural, esa palabra de Dios no podría conservarse sino por escrituras y por instituciones, supuesta la naturaleza del hombre y la sabiduría de Dios; como que solo por medio de lo escrito se salvan las palabras de olvidarse, y solo por medio de instituciones se puede conservar la letra viva.



Hablamos ya de la necesidad de lo escrito ó de la escritura; habemos de hablar ahora de la necesidad de las instituciones, ó como se dice en lenguaje escolástico, de la necesidad de la tradicion.

Pues bien. Es tal el hombre, que la letra no le basta; necesita instituciones; esto, si el hombre ha de quedar como es, como en efecto ha quedado á pesar de la Redencion.

Aquellos á quienes Dios habló, tuvieron lo bastante en la voz viva, para pocas palabras; pero para muchas, si es que debían trasmitirlas á sus contemporáneos, se necesitaba un gran milagro para no alterarlas, ó debían escribirse. Y si estas palabras debían trasmitirse de la generacion que las recibió á la que le siguiera, se necesitaba una sociedad *ad hoc* que diese testimonio de haber recibido las palabras escritas, y de cuál era, al escribirse el libro, la inteligencia de esas palabras. Esto era preciso; á no ser que Dios desempeñase el milagro de hacer las lenguas invariables, inmodificables; cosa que nó ha hecho.

Esta es la naturaleza del hombre, esté es el orden del mundo que Dios no quiere derogar. Un ejemplo de tal orden tenemos en las leyes civiles. El legislador habla la ley; hé aquí á los

antiguosregoneros; escribe: hé aquí la ley escrita; y funda; hé aquí los tribunales, instituciones á que el legislador encomienda la letra viva, la interpretacion.

Aun suponiendo que la palabra de Dios hubiese sido clarísima y completa, todavía era necesaria la institucion para interpretar, no ya la palabra primitiva, sino la palabra traducida en las variantes de cada idioma.

Pero no es así. La palabra ó la revelacion de la Escritura ni contiene toda la revelacion, ni es clara en muchos puntos. Era necesaria, pues, una institucion, una sociedad *ad hoc*, á quien se encomendase la interpretacion de lo oscuro, á quien se dijese de palabra lo que se omitia en lo escrito: hé ahí los dos ramos de la tradicion divina que es conservada por la Iglesia, que los protestantes se obstinan en desconocer, unos por insuficiencia, otros por malicia.

Está de tal suerte dispuesta la revelacion conforme lo necesita la naturaleza del hombre, que á más de ser oscura en muchos puntos la Escritura, á más de omitir el pormenor de muchos asuntos importantes, es clara precisamente en cuanto á establecer esa institucion ó sociedad *ad hoc* que debia interpretarla: *«qui vos audit me audit, &c.»* Es más claro en la Biblia eso de



que hemos de tener una autoridad á quien obedecer ciegamente (*Pastor-oves*), que el mismo dogma de la divinidad de Jesucristo, que el del pecado original.

Lo que habia de ser, pues, un precepto de buen sentido, es decir, interpretar la Biblia por las tradiciones de la sociedad que nos la ha transmitido, sobre todo por los gefes de esa sociedad, es precisamente una de las bases del desigmo de la Biblia; la doctrina del Evangelio está enlazada con la institucion del cuerpo docente y de sus facultades. Si la Biblia callara sobre eso, todavia seria el cristianismo romano el verdadero y más seguro, porque es el que enseña la razon natural. Si la Biblia permitiese lo contrario, es decir, si estableciese el sistema de Lutero, se haria sospechosa, y todavia la cordura humana debia pensar en establecer una autoridad interpretativa y debia pensar en instituciones, conforme á aquello: *non tentabis Dominum Deum tuum.*

Con razon los protestantes se ven obligados á convenir en que los católicos romanos pueden salvarse fuera del protestantismo, y con razon nosotros decimos que los protestantes no pueden salvarse fuera de la Iglesia. Con razon los protestantes anglicanos vuelven ya á consultar

los escritos de los Santos Padres y suspiran por el retorno del verdadero gobierno eclesiástico!

Obsérvese, pues, seguida por Dios, en este particular, la gran ley de la Naturaleza, por la que cada obra de Dios está trunca, por decirlo así, esta imperfecta de por sí ó en sí misma á fin de que el complemento ó el perfeccionamiento que consiste en otra obra nueva y más admirable, dé ocasion á una gradacion ascendente que por medio de la diversidad lleve á la suprema unidad, lleve á Dios, verdadero complemento de toda insuficiencia, verdadera perfeccion de toda perfeccion. Por eso el padre no es una obra completa en cuanto á paternidad, á fin de que el complemento dé ocasion á una madre, obra más admirable todavia.

Pero el padre, con la madre, no son obra completa, porque puede haber malos padres ó los padres buenos pueden morir. Mas, en complemento, viene una obra más admirable todavia: ¿quién dirá que una madre adoptiva no es más admirable que una madre natural?

Pero esta tercera obra no es completa, porque una madre adoptiva puede resfriarse en su buena obra. Mas, en complemento, viene Dios con su Providencia y de una suerte extraordinaria preve á la salud de su huérfano.



Así sucede con el orden de la Religión. Incompleta la obra de la Religión natural, tanto por su misma esencia como por la culpa del hombre prevaricador en el Paraíso, viene á completarla una obra admirable, la Biblia.

Incompleta la Biblia en su revelacion por ser oscura en muchos puntos y por no estar en ese libro todo lo que la Religión ha menester, viene á completarla una institucion, una sociedad regida por autoridades á cuyo cuidado se encomendase la parte de la revelacion omitida en la Biblia, sobre todo, el asunto de pormenores; á cuyo cuidado se encomendase la integridad de la revelacion escrita y su interpretacion, la vida de la letra, la identidad de sentido del original con las traducciones.

Pero esta institucion, esta Iglesia docente es tambien obra incompleta, porque puede haber Pastores malos, pueden sentarse sobre la cátedra del nuevo Moisés nuevos fariseos. Mas hé aquí que á esto proveyó Dios con su Providencia; Dios hará ver las seguras señales con que los buenos se sostengan en su fé y los malos no tengan excusa. Sí, por ejemplo, Alejandro VI no fué casto, no por eso hizo la apologia de la fornicacion; mientras que Lutero para poder casarse habló primero contra el celibato sacerdotal.

El pródigo Dios, que dejaba eribar á los once, no permitiría que faltase la fé de Pedro.

En el sistema de los protestantes faltan esas armonías. Ellos, pues, tienen que sostener cómo la Biblia por sí sola es una obra completa, bastante por sí sola para fundar la obra de la Religión. ¿Pero lo sostendrán con buen éxito?

Tienen que sostener primero, que la Biblia contiene cuanto el hombre necesita de revelacion para cumplir con todos los deberes de la Religión; segundo, que la Biblia no contiene ningun concepto oscuro; y tercero, que con la Biblia ya no hay necesidad de una sociedad religiosa con su correspondiente autoridad universal.

Para eludir el apremio de estas consecuencias, los protestantes sostienen, primero, que en la Biblia está todo, que en ella está hasta en sus pormenores el culto, la gerarquía eclesiastica, la administracion de los Sacramentos; ó que la Religión no necesita formularse en su culto y en su gobierno; segundo, que siendo la Biblia oscura en algunos puntos, cada uno esté á su sentir privado; tercero, que los cristianos forman no una sola Iglesia sino muchas Iglesias cuantas naciones.

Mas ¿quién no vé la falsedad de lo primero,



lo absurdo de lo segundo, lo pobre y anárquico de lo tercero?

Pero ¿qué la Biblia es una revelación completa? No; la Biblia no entra en pormenores para nada, fuera del antiguo Testamento; no reglamenta ni el culto ni los Sacramentos; es como nuestras constituciones políticas, que á todo dicen: «la ley reglamentará» el modo de esto ó de lo otro. Todo, en la Biblia, principalmente el nuevo Testamento, supone la autoridad *instituida* en forma de legisladora. Tanta generalidad deja suponer algo de instrucciones reservadas ó de facultades administrativas á discreción. Es muy razonable creer que el Cristo comunicó á sus apóstoles algunas instrucciones, que no están en la Biblia, acerca de la misa, de la confesión, del gobierno eclesiástico, y que también dejó á su prudencia todo lo que podía quedar á su arbitrio. ¿No hay ahí testigos innumerables que nos hablan de tradiciones apostólicas? ¿Por qué no les creemos?

Además—nótese bien—hubiera hablado muy poco Nuestro Señor Jesucristo si todas sus palabras é instrucciones privadas fuesen solo las que se leen en los Evangelios y en las epístolas de los apóstoles. En este punto la prueba de lo contrario toca á los protestantes; porque no

es natural que hubiese hecho tantas, tantas cosas como hizo, sin hablar (San Juan, capítulo 21, verso 25); y más cuando vemos que Nuestro Señor Jesucristo, cada obra de su poder ó de su misericordia, la acompañaba con una palabra de dogma ó de moral, que revelase sus designios, sus planes, acerca de la salud del hombre, ó de la autoridad santa á que este iba á quedar sujeto. Pues aún de lo mismo que dijo y que se consignó en la Biblia, se encuentran palabras que no bastan para entender su altísima voluntad en asuntos de gravedad enorme.

Por ejemplo, cuando Nuestro Señor Jesucristo daba su cuerpo y su sangre á comer á los apóstoles y les decía: «siempre que hicieris esto hacedlo en memoria de mí,» ¿qué les quería decir? «¿Siempre que comiereis mi cuerpo?»

Y ¿cómo harían para haber el pan convertido en el cuerpo de Jesucristo?

Nada dice la Escritura.

Pues ¿cómo lo sabrían los apóstoles?

Por algunas palabras que les debe haber hablado.

¿Dónde están esas palabras?

No están en la Escritura.

¿Luego algunas palabras se dejaron de escribir y se quedaron encomendadas á la tradición!



Hágase un ensayo de tanto como pudieron preguntarle los apóstoles, y de tanto que ha de haberles contestado.

¡Qué! ¿no le preguntaría Simon Pedro: "Señor, ¿y qué será de Jerusalem, y, qué, tu reino sujetará á los romanos y se establecerá tambien en Roma?"

—Jesus le respondió: "En verdad, en verdad te digo, que Jerusalem será destruida y no quedará de ella sino una reliquia santa; pero los romanos vendrán á ser hijos de Abraham, y Roma será Jerusalem."

—Díjole Pedro: "Señor, si yo soy la piedra fundamental y tu reino se estenderá en toda la tierra, ¿todo el mundo se sujetará á mí?"

—Respondióle Jesus: "Los Césares se te opondrán; pero yo te he de dar el imperio de los Césares, y los Césares acabarán; mas tus sucesores permanecerán hasta que yo vuelva." Nótese que esto convenía que no se escribiese por no irritar más á los paganos ni á los judíos.

En otra vez preguntóle Juan: "Señor, si Simon es *Pedro* y si lo has constituido pastor de ovejas y corderos, y entiendo que las ovejas se-  
remos tus apóstoles y los corderos los que oigan nuestra palabra que engendremos por el espíritu, ¿toda palabra que hablare Pedro y los que ocu-

pen su lugar cuando él muera, para enseñar á los que sean bautizados, es palabra que debe ser creída?"

—Respondió Jesus: "Ya os lo he dicho: como yo soy ahora con vosotros, así tambien lo será Pedro; Pedro será como el Cristo en la tierra. Y cuando vosotros los doce que yo escogí, hubiéreis muerto, más necesario será que un solo Pastor apaciente las ovejas y los corderos. Hasta vosotros sois ovejas; solo Pedro es el Pastor." Nótese; ¿no preguntaría Pedro á Jesus cuáles eran las ovejas, cuáles los corderos? y más cuando Pedro era tan rudo como se ve de las preguntas suyas que trae el Evangelio.

Dijeron otra vez los que le seguían: "Si es así, dínos: ¿cuánta es la obediencia que debemos á Pedro?"

—Respondióle Jesus: "Ya os lo dije: la *piedra* no ha sido constituida en mi lugar tanto para vosotros, cuanto para los que vengan despues de vosotros; porque al fin vosotros me habeis visto y oído y os he asegurado en la verdad, y sin embargo, Pedro debe ser creído tanto como el Cristo. De otra suerte: ¿cómo se sostendría mi reino en todo el mundo?"

Semejante á este, muchos ensayos podrían



hacerse sobre la Eucaristía, la Confesion, la Confirmacion, el Bautismo, &c., &c. Es fuerza que Jesus haya enseñado y ordenado á sus apóstoles muchísimo más de lo que consigna el Nuevo Testamento; porque si los apóstoles le hacian tantas preguntas y algunas tan impertinentes, ¿cómo es que nada le hubiesen preguntado, despues de su resurreccion, de asuntos tan graves como es ese de *«hæc quotiescumque feceritis, &c.»* y eso áun la noche de la cena en que llegaron á disputar sobre la primacia de unos con otros? ¿Cómo es que nada inquiriesen acerca del *«quorum remisseritis peccata, &c.»*

Nunca se ha visto causa más temerariamente sostenida que la de los protestantes, quienes suponen ser la Biblia el fundamento único del Cristianismo y el depósito de toda revelacion, hasta de sus pormenores.

Cuando Voltaire atacaba á la Iglesia católica romana, diciendo que la Biblia nada decía de siete Sacramentos, &c., si hablaba como protestante, enhorabuena: eso ménos hay que concederle de gran génio, porque despues de los tiempos de Lutero los católicos, si declinan, no es al protestantismo; pero si suponía que los católicos admitian su falso supuesto (de Voltaire,) se conoce que ignoraba absolutamente el plan del

Catolicismo y las bases del dogma y de la disciplina católica romana.

Es verdad, que el protestantismo con sus principios sobre revelacion, mal podrá resistir á los argumentos de la filosofia incrédula; ahí está ese argumento de Voltaire: que lo conteste. (*Dic. filosófico.*)

Concluirémos repitiendo que la Biblia está de tal suerte en armonía con la tradicion y con la institucion del gobierno eclesiástico,

Que, por una parte, no hay cosa más clara en ella como la institucion del Papado, del Episcopado y de sus facultades en general; de manera que bajo este aspecto, la Biblia como libro puramente histórico está sobre la Iglesia; y aquí tenemos armonía de subordinacion.

Que, por otra parte, nunca deja la Tradicion de ser una consecuencia más ó ménos concluyente de la Escritura, en la que se contienen los principios ó premisas de todo el sistema de la Iglesia; de manera que bajo este aspecto la Biblia está tambien sobre la Iglesia y sobre la Tradicion, y aquí tenemos tambien una armonía de subordinacion.

Que, por otra parte, si se considera la tradicion no en su enlace lógico con la Biblia sino como palabra tambien de Dios, que no se escri-



bió sino que se confió á la memoria, entónces la tradicion está á la misma altura que la Biblia, y aquí tenemos una armonía de coordinacion.

Que, por otra parte, no puede estar segura, sin la Iglesia, la interpretacion de la Escritura y de la Tradicion en lo que contienen de hechos sobrenaturales.

Y que, finalmente, sin la Iglesia, no sabríamos de muchos libros bíblicos si contienen ó no noticias sobrenaturales, y de ninguno si es ó no inspirado, ni de los escritos de los Santos Padres si contienen ó no verdades sobrenaturales, de manera que bajo estos dos últimos aspectos, la Iglesia está y debe estar sobre la Biblia y sobre la revelacion oral ó sea tradicional, y ahí tenemos una armonía de subordinacion inversa.

De aquí resulta que la Biblia como libro histórico, la Tradicion en lo que tiene de criterio humano, la Biblia como libro de noticias sobrenaturales, la Tradicion en lo que tiene de asuntos tambien sobrenaturales, y la sociedad llamada Iglesia, son cinco elementos, en que se funda nuestra fé; de tal suerte combinados, que sin la Biblia y la Tradicion como medios naturales históricos, no tendríamos en qué fundar la institucion divina de la Iglesia y sus plenos po-

deres en religion; y, á la inversa, sin la autoridad eclesiástica, ni podríamos estar ciertos de la revelacion de hechos sobrenaturales que la Biblia y la Tradicion contienen, ni podríamos salvar á la Biblia y á la Tradicion de que absolutamente se las llamase obras imperfectas.





## CAPITULO V.

*Preparacion del gran suceso: el Cristo y su Iglesia.—Armonías intrínsecas de los sucesos bíblicos.*

Queremos ahora buscar las armonías intrínsecas de los sucesos bíblicos, de los sucesos del nuevo Testamento en su relacion con los del antiguo. El resultado de estas consideraciones no puede ser otro que arrancar del alma un grito de admiracion; *testimonia tua credibilia facta sunt nimis.*"

Los que no reflexionen en estas armonías son disculpables si no creen en el Cristo y en Jehová, supuesto que su culpa no consista en no querer estudiar nuestra religion.

Porque, es verdad, los sucesos bíblicos, aisla-



dos y sin referirse el nuevo al antiguo Testamento y recíprocamente, no quedan bien vistos.

El pecado original, el diluvio, el exclusivismo de la elección que Dios hizo del pueblo judío, el abandono que hizo del pueblo gentil, es decir, de todo el mundo con una excepción insignificante, la matanza hecha en los cananeos, la in-comunicación de los judíos con los gentiles, si no se explican por el nuevo Testamento, ¿qué idea nos darán de Dios? La que Voltaire ha querido darnos, porque no supo ó porque no quiso tomar el punto de vista que debió tomar.

Lo mismo sucede con el nuevo Testamento si no se relaciona con el antiguo. Estos sucesos sin esa relación, parecen pequeños y poca cosa para Dios. Se trata de humillarse a Dios, se trata del Cristo que apareció demasiado modesto y nadie le conoció, se trata de su humilde sierva, de la humilde sociedad que se llama «la Iglesia», tal es el plan del Nuevo Testamento.

Y así como en el Antiguo Testamento si no se armoniza con el nuevo, Jehová es servidumbre para los judíos y terror para los gentiles; así en el Nuevo Testamento, si no se armoniza con el antiguo, Jesús, hijo de María, es ver-

güenza para los judíos y locura para los gentiles.

Esta armonía es, pues, lo más admirable que da la Biblia; si esta se estudiara, dejando la soberbia de Rousseau y la malignidad de Voltaire, se encontraría tan consecuente, tan altamente, tan celestial, tan divinamente armónica, que los incrédulos exclamarían como el rey poeta de Judá: «*A solis ortu usque ad occasum laudabile nomen Domini*»

Esas armonías del Antiguo al Nuevo Testamento, están caracterizadas con sublime verdad y hermoso enigma en uno de los salmos: «*Misericordia et veritas obviaverunt sibi, justitia et pax osculate sunt.*» Aquí se ve que de una misma mente ha salido el pensamiento del antiguo y del nuevo Testamento; «*Veritas de terra orta est, et justitia de celo prospexit.*» Aquí se ve á Jehová el tremendo y á Jesús el manso ser un mismo perfectísimo Dios; se ve que Dios se muestra fuerte porque se vea que es grande; y después manso para que se vea que es amable; su postrer designio era parecer bueno sin debilidad, por eso convino que ántes apareciese fuerte.

Es verdad. Jesús hombre humilde, oscuro, sin el séquito de reyes ni sabios, nacido de una don-



cella pobre, ajusticiado sin que hiciese caer un rayo sobre sus enemigos, excusando el hacer prodigios de magnificencia, prefiriendo hacerlos de ternura; y sin embargo, ser este Jesus el alto Dios que crió las estrellas, el sol y la luz, delante de quien son gusanos que se arrastran los grandes y los reyes, y niños balbucientes los políticos y los sabios, ser este Jesus el esplendor eterno del Eterno y del Todopoderoso, y estar allá en los cielos como rey de reyes que con una palabra ahogó al mundo en el diluvio y con otra palabra lo sacó de la nada, es cosa que se ha de haber resistido á los ojos del que vió, y á su raciocinio, como ahora se resiste á los oídos del que oye, y á su raciocinio, á no meditar en las relaciones de ese Jesus con tanto que de él *previamente* se dijo y que para él *previamente* se hizo.

Dios que es tan grande, haber recorrido la Judea y la Galilea en forma de hombre y no haber derrocado las montañas y hecho salir de sus abismos á los mares y hecho turbar las estrellas, y no haber arrebatado de arrobamiento con una sola palabra á las muchedumbres, como si el cielo estuviese en la tierra; y haberse dejado azotar, y haber llorado, y no haber dejado en el mundo huellas visibles, palpables, de

su dilatada mansion durante treinta y cuatro años!

Parece muy poco Jesus para que sea Dios en la tierra; y si ahora veis pasar en un carruaje á un sacerdote con una pequeña copa de oro, en que se os dice va el Cristo, el mismo Jesus, el mismo Dios, ¿no os viene la tentacion de pensar que es muy poco, poquísimo lo que veis, para que allí fuera Dios?

Es verdad; cosas tan grandes, sucesos tan grandes, presentarse en formas tan pequeñas, no pueden creerse si no se persuade la creencia con razones poderosas, poderosísimas.

Pues, estas razones las hay; son tan grandes, tan poderosas, que todo lo que hubo ántes de Jesus y todo lo que se hizo ántes que Jesus apareciese, se referia á él. Jesus y los más pequeños sucesos de su vida estaban ya representados con proporciones colosales, inmensas; los grandes portentos que pudo haber dejado en su vida estaban ya hechos y solo para él; el más pequeño paso, la más insignificante circunstancia de ese hombre humilde y oscuro, estaban ya celebrados por reyes y pueblos; todo el universo visible estaba ya formado *ad instar* de Jesus y de sus más humildes hechos.

Porque, es verdad; por grandes que sean las



pruebas directas que dió Jesucristo de su Divinidad durante su vida, es cosa tan grande suponer, á Jesucristo, Dios, que, puede decirse, era necesario más de lo que vió el mundo en treinta y cuatro años. Si el Dios verdadero, Criador y dueño de todas las cosas, vivió en el mundo y vivió tan despacio y con tan solemnes proyectos, pero entrando en sus planes como forzosa condicion, velar siempre la Divinidad y mostrar en un hombre cuanto un hombre podría hacer de perfecto, pero sin descubrir la Majestad, ¿cómo ha de haber venido sin grandes anuncios, sin ruidosas preparaciones para compensar el grave inconveniente de aquella condicion!

Si yo no hubiese nacido cristiano y no me hubiesen hablado del Cristo desde niño; si no me hubiese habituado á tamaño prodigio, mas ya en edad madura, instruido en las reglas de la crítica y en los documentos de la filosofía, conocedor de la historia y de los hombres y sobre todo conocedor de un Dios único, infinito en perfecciones y creador de todas las cosas y ordenador de todos los sucesos, oyese hablar del inmenso prodigio, "*Verbum caro factum est et habitabit in nobis,*" "*et vidimus gloriam ejus,*" (pero gloriam solo de gracia y de verdad), yo diría á quien tal nueva me anunciase: "es mucho

lo que me anunciais, es tan grande ese prodigio, que para crearlo exijo estas condiciones:—

Primero. Exijo que, si Dios se hizo hombre y vino á visitar á los hombres, á enseñarles y á salvarlos, ese acontecimiento se haya anunciado desde los primeros días del mundo con ruidosos anuncios.

Segundo. Exijo que esos anuncios se hayan venido repitiendo cada vez con mayor solemnidad, de época en época, sin que hubiese época en que los anuncios no instasen por el gran día.

Tercero. Exijo que la historia desde el primer día del mundo haya consignado en sus páginas, y haya ido archivando, el acta de esos anuncios.

Cuarto. Exijo que todo el plan de la creacion visible y de la creacion moral, estén en relacion, en dependencia, en armonía, con ese gran suceso que había de ocurrir: *Dios hecho hombre y visitando á los hombres solemnemente.*

Quinto. Exijo que las más pequeñas circunstancias del nacimiento, de la vida y de la muerte de ese hombre divino, hayan estado ya previstas, anunciadas, solemnizadas, en la serie de los siglos que le precedieron, y además consignadas en la historia, con el acta respectiva de



haber pasado los sucesos que servían de anuncio y preparación.

Todo esto exijo por lo que hace á lo que haya precedido á ese hombre divino.

¡Qué! irá un rey á morar á una pequeña aldea, muy léjos de la córte, por algún tiempo y de tiempo atrás pensado, sin que meses ántes se diga en la aldea; «¡una noticial el rey se viene á vivir acá unos días.»

—«¿Quién lo dijo?»

—«Ha venido á preparar las cosas uno de sus grandes.»

Y desde ese día ¡cuántos preparativos! la mejor casa para el rey, las calles para el rey, el bosque para el rey, los magnates para el rey, todo para el rey. Desde el día que el rey haya pensado en ir á vivir á la aldea, el aspecto de las cosas de la aldea está en relacion con el rey, la historia de la aldea es historia del rey. Desde ese día no cesarán de venir grandes personajes á prepararlo todo.

Llega el día, y el rey vestido al uso de la aldea, poco quiere distinguirse de los aldeanos. Quien le vea y no haya sabido los antecedentes, dirá «no es el rey.» Pero todos podrán replicarle: «¡Oh! hace mucho tiempo que lo aguardábamos; desde entónces todo se preparó; mucho

se ha hecho, mucho se ha gastado, muchos grandes estuvieron viniendo; el rey anda así por hacerse agradable.»

Así discurriría yo si me anunciase al Verbo venido al mundo en forma humana, ya yo de edad madura y sin que ántes nada hubiese sabido del inmenso suceso.

¡Oh! pues, cuantas condiciones he exigido se han llenado satisfactoriamente, con divina habilidad. Se han cumplido tan bien esas condiciones que solo la obstinacion puede ponerlo en duda. No se trate ya de hechos verdaderos, contéplese siquiera la armonía asombrosa de dos libros hechos, el uno para el otro: el antiguo y el nuevo Testamento. Suponed el Evangelio una novela, suponed el antiguo Testamento una novela; ¡ved qué plan tan *divinamente* desempeñado! Otra vez J. J. Rousseau: Si solo Dios podía inventar así, los hechos son verdaderos y las dos novelas son una historia; los hombres no haríamos novelas si pudiésemos hacer los personajes y los hechos.

¡Oh judíos, estudiad las armonías de nuestros libros á vuestros libros; en los vuestros están los nuestros, en vuestros libros está nuestro Cristo, pobre, humilde, oculto, vilipendiado, azotado, crucificado; en vuestros libros está; leedlos bien!



¡Oh vosotros los filósofos filántropos que amais á Cristo y aborreceis á Jehovah, estudiad las armonías de los libros judíos con los de Jesus; no creais que Jehovah ha desaparecido de nuestro Evangelio; vedlo bien, más terrible que en el Diluvio, que en la matanza de los cananeos, más terrible que en el Paraíso: en el pesebre y en la Cruz no solo hay amor; hay justicia; en el Diluvio, en la matanza de Canaan y en el enojo del Paraíso, no solo hay ira, hay amor!

¡Oh! vosotros, los que veis pequeño á Jesus y á María; contempladlos bien, no os basta el Evangelio; para que en Jesus veais á Dios y en María á la Madre de Dios, es preciso que los hayais visto á través de la historia del mundo y de las grandezas del Universo visible.

¿Qué hubiera sido de la importancia del Cristo sin el Pentateuco, que nos conserva el *"ipsa conteret caput tuum,"* que nos dice de Noe y el Diluvio, que nos conserva á Abraham y su pueblo, Moisés y el maná, el cordero pascual y la profecía de Jacob?

¿Qué hubiera sido de la importancia del Cristo sin David y sin Salomon, sin los Salmos y el Cantar de los Cantares?

¿Qué hubiera sido sin los Profetas que nos

dieron mucho ántes el carácter y el retrato de su protagonista?

¿Qué hubiera sido, si Daniel no dijese del gran movimiento de los imperios y de la caída del Coloso, al golpe de la piedrecita convertida despues en gran montaña? ¿Qué hubiera sido, sin la libertad que Ciro dió á los judíos y sin las setenta semanas?

Si el Hombre Dios había de ocultar la majestad, necesario era el Antiguo Testamento; si la grandeza del Hombre Dios estaba en su mansedumbre y en su humillacion, necesario era haberle visto tan fuerte y terrible como en el Mar Rojo y en el Diluvio, tan glorioso como en la creacion del cielo y de la tierra.

